

JAVIER AYALA CALDERÓN

# FRAILECITOS Y CUCURUCHOS



HISTORIAS DE DUENDES Y ENDUENDAMIENTOS  
EN LA NUEVA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

RELATOS





# FRAILECITOS Y CUCURUCHOS

HISTORIAS DE DUENDES Y ENDUENDAMIENTOS  
EN LA NUEVA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

RELATOS





RELATOS

---

JAVIER AYALA CALDERÓN

# FRAILECITOS Y CUCURUCHOS

HISTORIAS DE DUENDES Y ENDUENDAMIENTOS  
EN LA NUEVA ESPAÑA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Ediciones  
Universitarias

Ayala Calderón, Javier. *Frailecitos y cucuruchos. Historias de duendes y enduendamientos en la Nueva España de los siglos XVI y XVII*. 1.<sup>a</sup> ed., Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2025, 80 pp.

D.R.® Del autor

D.R.® De la presente edición:  
Universidad de Guanajuato  
Campus Guanajuato  
División de Ciencias Sociales y Humanidades  
Departamento de Historia  
Lascuráin de Retana núm. 5, zona centro,  
C.P. 36000, Guanajuato, Gto., México.

Corrección de estilo: Ana Alejandra Flores Tejada  
Diseño editorial y portada: Fabian López Murillo  
Cuidado de la edición: Sonia Karina Aguirre Flores

Imagen de portada: La imagen fue generada por OpenAI, a partir del grabado 49 de Goya de la p. 56. [Modelo de lenguaje multimodal].

ISBN de la versión electrónica: 978-607-580-194-0

Se permite descargar la obra y compartirla siempre y cuando se dé crédito de manera adecuada. No se permite remezclar, transformar o crear a partir del material, ni usarlo para fines comerciales.

Hecho en México

*Made in Mexico*

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
Origen de los duendes en Europa .....	13
Características y confusión .....	19
El duende en la Nueva España .....	27
El duende incendiario de Valladolid .....	31
Duendes apedreadores .....	36
Duendes aporreadores .....	40
Duendes perseguidores .....	48
Duendes amorosos .....	55
¿Un duende femenino? .....	61
La lucha contra el duende .....	67
CONCLUSIONES .....	71
REFERENCIAS .....	75
ACERCA DEL AUTOR .....	76



## INTRODUCCIÓN

---

A partir del siglo XIX, los cuentos de hadas se dispersaron por todo el mundo a raíz de la recuperación de sus relatos por parte del folklorismo alemán, ávido de encontrar las raíces y la esencia del espíritu nacional como sustento de su unidad e independencia. Desde entonces, los duendes han estado en todos lados: en las historietas, las revistas, el cine, la televisión, la música, la publicidad y en cuanto medio de comunicación pueda uno imaginar; al margen de si en los sitios donde estos se distribuyen carecieron originalmente de tales historias. No obstante, estos personajes del folklore europeo no siempre han sido entendidos de la misma forma dentro y fuera de Europa y, de hecho, dos de los principales problemas al abordarlos como objeto de estudio son el de su compleja definición y el de sus múltiples representaciones.

No es fácil siquiera nombrar a tales seres cuando el término *duende* se usa actualmente dentro de la cultura occidental para referirse a una enorme cantidad de entidades que originalmente eran distintas entre sí como creación del imaginario de diferentes pueblos a veces geográficamente muy alejados los unos de los otros. A pesar de sus diferencias, esas entidades también tenían puntos en común, los cuales se debían tanto a los intercambios culturales con sus vecinos como al hecho de que se referían a realidades del mundo físico que tales pueblos compartían y con respecto a las cuales desarrollaron interpretaciones mágicas relativamente coincidentes. Durante mucho tiempo, las tradiciones orales acerca de los duendes, así como la manera en la que supuestamente se relacionaban con los hombres, circularon tan ampliamente por toda Europa que con el paso de los siglos los casos locales



terminaban por asimilar elementos de las historias venidas de fuera, creando entre ellas una cierta, aunque a veces muy difusa, homogeneidad a pesar de sus diferencias.

Todo lo anterior se agrava cuando hacemos notar que la palabra castellana *duende* (abreviatura de “dueño de una casa”) se refiere específicamente a los espíritus que, según la tradición oral (conjunto de relatos anónimos que se transmiten por medio de la conversación y con diferentes versiones dentro de una comunidad), tenían la costumbre de apropiarse de los domicilios de los seres humanos, ya fuera que se encontraran habitados o no. En principio, esto tendría que dejar fuera de ese concepto a todos los otros espíritus que no encajaran en esta definición, y sin embargo, no es así. Que todos estos seres hayan terminado por compartir el uso de este término requiere, pues, una explicación. Su recurrencia dentro de los imaginarios de Occidente nos habla precisamente de la trascendencia cultural de la creencia en dichas criaturas y justifica su estudio para tratar de responder estas dudas.

Por supuesto, para entender el origen y naturaleza de lo que hoy llamamos *duende* es necesario, antes que nada, recordar y definir qué eran estos seres en Europa, cuáles son los orígenes posibles de estas creencias y en qué se basan para dar como resultado las formas que tenían en el momento de su llegada al Nuevo Mundo; así como los procesos de ajuste que sufrieron para adaptarse en ella, todo lo cual constituye los objetivos de este breve ensayo. Pensando en todo lo anterior, las preguntas que debemos hacernos son: ¿Qué o quiénes eran esos espíritus en cada sitio particular donde se creía que se manifestaban? ¿De dónde se afirmaba que venían y para qué? ¿Cómo eran imaginados y por qué se les imaginaba de esa manera? ¿Qué se dice acerca de sus intereses generales y sus relaciones específicas con la gente y por qué ocurría eso?

Y finalmente ¿Cómo se mantuvo o se modificó todo este imaginario o conjunto de creencias en la Nueva España?

En esta obra, como en otras previas, nos alejaremos de las posturas y las elucubraciones religiosas, espiritualistas, simbolistas o metafísicas del creyente y abordaremos los relatos como lo que son: residuos de creencias que alguna vez existieron y que nos han llegado hasta el día de hoy como fragmentos deformados y descontextualizados de un conjunto de ideas más organizado y completo en donde tenían una lógica y una función, es decir, como *supersticiones* (lo que queda o sobrevive de algo, del prefijo latino *super*, sobre; y el verbo *stare*, estar en pie). En ese sentido, no hablaremos de los duendes como supersticiones contrarias a la razón, sino simplemente de creencias originadas en otra manera de concebir el mundo, que no coincide con nuestra manera actual de explicarlo desde la ciencia occidental. Siguiendo la afirmación de Callejo y Canales, a los investigadores del imaginario religioso nos interesa mucho menos saber si los personajes fantásticos de los que estaremos hablando existen realmente, que si las personas que hablan de ellos creen de verdad en su existencia.

Para alejarnos también del concepto protestante de *encantamiento*, con el que se alude a la creencia en un poder impersonal producido por la práctica de la hechicería o la brujería, y que se manifiesta en un espacio específico, en este texto usaremos el concepto de *enduentamiento* y sus derivaciones para referirnos dentro del imaginario popular paralelo al cristianismo católico a la creencia en la presencia y la libre actuación de una muy concreta entidad espiritual, el duende, sobre un entorno o los habitantes del mismo.

Las imágenes que acompañan este texto tienen un doble objetivo: dialogar con la información proporcionada

por las fuentes escritas, y dar al lector no especializado una idea aproximada de la manera en la que las personas de la época concebían visualmente los elementos preternaturales mencionados. En este sentido, y en función del carácter divulgativo de la obra, si bien una parte de estas imágenes han sido tomadas directamente de las fuentes de la época, según se indica en los respectivos pies de imagen, otras más fueron generadas por el autor por medio de inteligencia artificial (IA) a partir de las descripciones e imaginarios plasmados en las fuentes, también oportunamente señaladas en los pies de imagen correspondientes (con este fin hemos utilizado la Plataforma *Freepik AI Image Generator*, disponible de manera gratuita con inscripción, en <https://acortar.link/x2Aibu>).

En cuanto a su estructura, al inicio de este trabajo haremos un breve repaso de las principales teorías, no tanto de su origen en el conjunto del pueblo de las hadas, sino de las tradiciones sobre este. Luego daremos cuenta de sus características de acuerdo con la literatura existente, y finalmente describiremos brevemente los casos conocidos de sus apariciones en la Nueva España de los siglos XVI y XVII; explicando las lógicas detrás de ellos en sus espacios y momentos correspondientes, así como la función social de los mismos de acuerdo con sus respectivos contextos. Para ello iremos abordando los casos más conocidos usando dos criterios simultáneos para su abordaje, por un lado, su cronología y, por otro, las principales caracterizaciones del duende dentro de ellos para percatarnos de los cambios que se fueron introduciendo en su concepción con el paso del tiempo.

## Origen de los duendes en Europa

---

Según una de las teorías más aceptadas, como parte del grupo de las hadas, antes de la llegada del cristianismo a Europa los duendes eran entendidos como espíritus de la naturaleza que protegían los espacios boscosos, en donde vivían en el interior de árboles, ríos, rocas y demás elementos del mundo físico. Sin embargo, también se decía que era en lo profundo de las selvas, en las cuevas de las montañas cubiertas de arboledas, en donde los antiguos habitantes de la Europa precristiana habían sepultado a sus muertos, y bien podría ser que lo que se tomaba por genios de las florestas fueran en realidad los espectros desencarnados de personas adoradas por sus deudos que, al quedar fijadas al pedazo de tierra en donde se les inhumaba, terminaban por convertirse en geniecillos de la vegetación y del crecimiento vegetal, protectores de los alrededores de sus tumbas.

De acuerdo con esta interpretación, las hadas serían pues, los antepasados muertos y divinizados de los pueblos locales primitivos, lo cual explicaría los montículos que en muchos lugares constituyen sus palacios y ciudadelas dentro de muchos relatos del norte de Europa y que no son realmente sino las tumbas abovedadas en las que se les sepultó. Tumbas desde las cuales, se decía, hacían sus incursiones en el mundo de los vivos (véase Imagen 1), a veces de buen talante y con el ánimo de prodigarles saludables consejos acerca del futuro, pero también de maneras mucho menos amigables que podían desembocar en lamentables daños para los vecinos de tales sitios bajo la forma de violencias o enfermedades.

No obstante, a los sacerdotes del cristianismo todo lo que tuviera que ver con los duendes les parecía simplemente



**Imagen 1.** Hadas y duendes bailando en círculos cerca de un túmulo artificial para inhumaciones, aquí dibujado a la izquierda incluso con una puerta de acceso. Anónimo, folleto inglés del siglo XVII reproducido en la portada de Amy Gazin-Schwartz y Cornelius Holtorf, *Archaeology and folklore* (1999). Dominio público, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=9482827>

obra de demonios y era necesario rechazarlos. Para ello fue necesario explicar que estos seres formaban parte de los ángeles caídos que, sin ser lo suficientemente malvados como para merecer ir a parar al infierno, al no haber apoyado la rebelión de Lucifer, tampoco se habían mantenido leales a Dios; por lo que no podían permanecer en el cielo y estaban condenados a vagar sobre la tierra. Así pues, por poco malvados que fueran, no dejaban de ser demonios y por eso desde el principio los sacerdotes prohibieron a sus parroquianos cualquier tipo de contacto con ellos.

Independientemente de su origen, para el momento de la llegada del cristianismo a estas tierras, ya existía la noción de que algunos de esos seres tenían una tendencia a refugiarse

en las moradas de la gente, con la que también buscaban entrar en contacto por medios diversos que incluían ruidos, risas y travesuras diversas hasta llegar a dolorosos golpes que anunciaban su descontento. Por lo mismo, para estar en buenos términos con estos espíritus, la gente creía que era buena idea hacerles pequeños regalos, como podían ser una taza de nata o de leche para beber, o incluso un balde de agua limpia para bañarse, los cuales se dejaban de noche en el lugar de sus manifestaciones. A cambio, se decía que el inquilino se encargaba de ayudar en silencio a la familia con algunas pequeñas tareas de la casa como lavar la losa, barrer la suciedad de los animales o cepillar y tejer las crines a los caballos, sin que eso implicara que no llegara a realizar eventuales travesuras que incluían el montarlos y extenuarlos durante toda la noche dejándolos inservibles para el trabajo del día siguiente.

Ya se tratara de las almas de los difuntos, de demonios o de invisibles genios de la naturaleza, fue precisamente debido a su relación posesiva con el domicilio donde se acomodaban que, a principios del siglo XIII, en los territorios que hoy constituyen España, a estos espíritus se les terminaría denominando *duendes* (del latín *dominus*, dueño, señor de una casa) para distinguirlos de los que no se aventuraban a las moradas de los hombres (véase Imagen 2). Paradójicamente, era en estos territorios en donde peor fama tenían, porque —demonios al fin— entre sus actitudes no estaba precisamente la de proteger y ayudar a los propietarios de una vivienda, como hacían tradicionalmente en el norte de Europa según vemos en muchos relatos de la época, sino todo lo contrario.

Debido a su carácter caprichoso y a su búsqueda incansable de diversión, así como por los poderes que poseían, los duendes en general resultaban física y espiritualmente peligrosos para las personas, que más de una vez fueron





**Imagen 2.** Los duendes fueron ampliamente conocidos en los territorios de la actual España durante toda la Edad Media y se les representaba con forma de pequeños demonios. Así ocurre con este duende de pelo alborotado, grandes orejas y rostro simiesco en un canecillo de la capilla románica de San Vicente Mártir en Pelayos del Arroyo, provincia de Segovia, vestido a la usanza de la época (siglos XII-XIII). Foto de Rowanwindwhistler, 2009, Wikipedia, <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:CanecilloDuendeSanVicentePelayosDeArroyo.jpg>

zarandeadas, golpeadas, atadas, levantadas en vilo y arrojadas al suelo por fuerzas invisibles; que recibieron enfermedades que los consumieron rápidamente hasta la muerte o que, raptados por ellos, desaparecieron sin dejar huella. De la misma forma, dichos seres escandalizaban espiritualmente a la gente con sus novedades y chocarrerías, llevándolos falazmente a prácticas contrarias a los valores del cristianismo, o bien seduciendo o violentando de manera carnal tanto a hombres como a mujeres.

## ACTIVIDADES DEL DUENDE

Ya para el siglo XVI en su *Discurso sobre los espectros* (1605), Pierre Le Loyer menciona varios tipos de espíritus que rondaban las casas, así como sus actividades.

“A veces, también en las casas particulares se oye el ruido y el alboroto que hacen allí los *Rabbats*, los *Brownies* o los *Spirit Sprites* [...] pueden encontrar muchas casas que estos Espíritus o Duendes frecuentan y donde molestan incesantemente al resto de los que viven allí. Porque a veces mueven y vuelcan los utensilios, los platos, los caballetes, las mesas, los platos, los cuencos, y a veces sacan agua del pozo o hacen chirriar la polea, rompen los vasos, hacen rodar en pequeños incrementos toda clase de objetos pesados, hacen caer las pizarras y tejas del tejado, fingen a veces ser un gato, a veces un ratón, a veces otros animales [...] pisotean a las personas que están acostadas en sus camas, corren las cortinas o quitan las mantas y gastan mil bromas. Y estos *Sprites* no causan otra molestia o inconveniente a las personas excepto molestarlas, pisarlas e impedirles dormir; pues al día siguiente se pueden encontrar intactos todos los platos que parecían estar revolcándose y rompiéndose”.

---

Pierre Le Loyer, *Discours des spectres* (1605), Lib. IV, Cap. 18.



***Para saber más:***

Briggs, Katharine, *The Vanishing People. Fairy Lore and Legends*, ilustraciones de Mary I. French, New York: Pantheon Books, 1978, pp. 27-38.

Scott, Walter, *La verdad sobre los demonios y las brujas. La auténtica historia*, Barcelona: Editorial Humanitas, 1996, pp. 125-129.

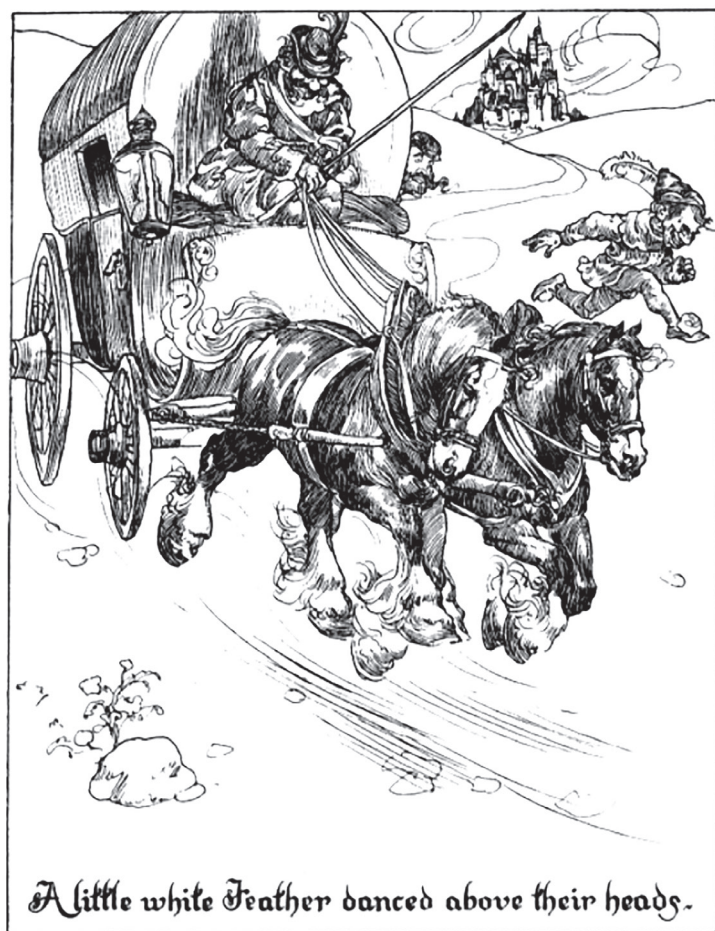
## Características y confusión

---

Así pues, aunque no siempre se mostrara plenamente malvado, en la Península Ibérica las diversiones del duende se limitaban más bien a la parte negativa de sus costumbres generales. Estas actividades incluían alborotar la casa con ruidos, gritos y gemidos; mover las cosas de su sitio; correr los muebles de un lado para otro; tirar piedras contra muros, ventanas, azoteas e incluso contra las personas sin que nunca pudiera ser visto por nadie; o, peor aún, realizar bromas pesadas a los habitantes de las casas que infestaban. Y si la gente intentaba mudarse del sitio infestado, los duendes los seguían a sus nuevos domicilios repitiendo nuevamente el ciclo.

Era muy común, en toda España y Europa en general, el relato en el que la familia, harta de las travesuras de estas criaturas, decidía marcharse a otro lugar, pero cuando sus miembros están a punto de emprender el viaje, alguna acción del duende les hacía darse cuenta de que no los dejaría irse solos; o bien, cuando ya estando en camino, se enteraban de que el duende los acompañaba cargando alegremente algunos trebejos de la casa, escondido en la carreta de la mudanza, o los perseguía de manera invisible, convertido en algún objeto, hasta su nuevo hogar (véase Imagen 3).

Para algunos autores, las hadas y los duendes pueden vivir mucho tiempo, siglos o incluso milenios, pero no son inmortales, lo cual es una idea presente en las crudas elucubraciones de personajes como el alquimista Paracelso (1493-1541) y el fraile capuchino Antonio de Fuentelapeña (1628 - ¿1702?), para quienes estos seres, siendo un tipo de animales o cuasi animales, también están sujetos a las enfermedades y mueren como estos e incluso sufren procesos de descomposición.



**Imagen 3.** El duende Hinzelmänn infestó el castillo de Hudemühlen de 1584 a 1588 y cuando el señor del castillo intentó huir hacia Hanover, fue perseguido por el duende convertido en una pequeña pluma blanca. Ilustración de Willy Pogány en Lilian Gask, *The Fairies and the Christmas Child* (1912). Dominio público, <https://digital.library.upenn.edu/women/gask/child/child.html>

Esta, sin embargo, no era una postura compartida por el grueso de la gente, para quienes simplemente se trataba de seres espirituales como los ángeles o los demonios y que, por lo tanto, tendrían su misma longevidad, cualquiera que esta fuese.

En cuanto a su conducta, a pesar de la impresión de que los duendes actúan únicamente en función de un impulso del momento, es necesario considerar que, como reflejos de la mente humana, más bien realizan buenas o malas acciones dependiendo de las circunstancias del relato en turno y de las necesidades de su trama; es decir, son buenos o malos dependiendo solamente de lo que se necesite contar. Y si lo que se necesita contar es una historia aleccionadora desde la perspectiva del cristianismo, el duende rara vez podría ser bueno.

Como criaturas del imaginario, no hay una descripción universalmente aceptada acerca de la apariencia de los duendes. Dentro de la literatura, en ocasiones el duende es diminuto, con apenas una o dos pulgadas de altura, de ahí el nombre de “pigmeos” con el que se les conoce en muchos textos medievales (*pygmals* significa en griego “del tamaño de un puño”), pero también ocasionalmente son tan altos como los seres humanos. Aunque en la época de la que nos ocupamos muchas veces se les imaginaba con un aspecto animalesco, hirsuto y con orejas puntiagudas, similares a los faunos y los sátiros del mundo grecorromano (véase Imagen 4), también solía representárseles como criaturas antropomorfas con edades variadas, desde la apariencia infantil o juvenil, con expresiones amigables y juguetonas, hasta llegar al aspecto de gente entrada en años, cargados de arrugas y largas barbas, como signos externos de su ciencia, conocimiento y sabiduría.

En cuanto a su indumentaria, en los siglos XVI y XVII lo más común era encontrarlos descritos simplemente con las ropas de la época, especialmente, con vestimentas que





**Imagen 4.** Con el dominio romano en las tierras del norte de Europa, las antiguas deidades locales que ahora llamamos hadas y duendes fueron asimiladas a los sátiros, faunos, silvanos, *fatuae*, etc. de acuerdo con las afinidades que había entre ellos como deidades de las florestas. Posteriormente, todos ellos fueron satanizados por el cristianismo y el aspecto hirsuto que ya tenían en el imaginario romano se convirtió en el aspecto típico de los demonios que se suponía eran. “*De elvarum, id est, spectrorum nocturna chorea*”, grabado en Olaus Magnus, *Historia de gentibus septentrionalibus* (1555), Lib. III, Cap. 11.

recordaban los hábitos de los frailes (véase Imagen 5). La vestimenta con capucha o gorro puntiagudo es una característica comúnmente asociada a la imagen del duende en la cultura popular, aunque su origen exacto no es claro. Algunas teorías sugieren que este sombrero tiene un origen medieval muy cotidiano, como vemos en muchas representaciones de aquellos tiempos, y que se utilizaba para representar en el teatro y la literatura a los personajes con poderes mágicos



**Imagen 5.** El atuendo con el que suele representarse a los duendes puede tener relación con la forma de vestir de los *genii cucullati*, genios encapuchados vinculados posiblemente con la salud y la protección, así como con el Más Allá, en el ámbito celta. Relieve encontrado en un santuario en el *vicus*, fuerte romano de Housesteads (Vercovicium), principios del siglo III d.C. Foto de Carole Raddato, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=74317368>

como eran los magos y las brujas; o bien, que debe remontarse a las imágenes de los enigmáticos *genii cucullati*, o genios encapuchados, tal vez relacionados con una función sobrenatural protectora de la salud y la fertilidad, que fueron ampliamente representados en la escultura del mundo celta durante los siglos I y II a.C.

Todas estas características se ven reflejadas en muchos cuentos de hadas recuperados en el siglo XIX y se encuentran en varias de las obras literarias españolas del Siglo de Oro

español, en donde el duende (siempre ficticio para no meter a su autor en líos con la Iglesia) tuvo una gran popularidad gracias a la diversión que proporcionaban sus embrollos y confusiones con el pretexto de las supuestas capacidades mágicas del personaje. Al otro lado del Canal de la Mancha, solo cinco años antes de terminar el siglo XVI, ya había aparecido también en Inglaterra la obra teatral por excelencia con participación de hadas y duendes: *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare, en la que sobresale el pícaro y bellaco duendecillo Puck, también conocido dentro del folklore inglés como Robin Goodfellow.

#### POPULARIDAD DEL DUENDE EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DEL SIGLO XVII

A lo largo de todo el siglo XVII el personaje del duende estuvo en boga en la literatura española. Textos que lo mencionaban como justificación de los acontecimientos o incluso lo usaban como parte de su trama gozaron de gran estimación entre las audiencias debido a los enredos que garantizaba. Así lo atestiguan en el teatro los casos de *Don Gil de las calzas verdes* (1615), de Tirso de Molina; *La Dama duende* (1629), pieza de capa y espada de don Pedro Calderón de la Barca; *Dineros son calidad* (¿1623?), atribuida a Lope de Vega; así como, de manera algo tardía, la comedia de Antonio de Zamora, *Duendes son alcahuetes y el espíritu foletto*, representada por primera vez en 1709. En la prosa lo encontramos de manera sobresaliente en la novela *El criticón* (1651), del sacerdote y escritor Baltasar Gracián, en donde fue utilizado para referirse a las intrigas y ataques anónimos con los que se intentaba ensuciar la buena





fama de las personas, lo cual ha llegado hasta el presente en la frase “Tirar la piedra [una acción típica de los duendes] y esconder la mano”, pero también de manera clásica para señalar un tipo de engaño con el que se buscaba asustar a la gente para alejarla de lugares en donde se cometían robos o se tenían citas amorosas.



Aunque para algunas personas todos los seres que comparten las características que hoy atribuimos a los duendes forman parte de un mismo grupo, eso está muy lejos de la realidad. En todos los rincones del orbe y bajo diferentes nombres, estos seres muestran notables diferencias físicas y de comportamiento entre ellos, lo cual deriva de los amplios contenidos del imaginario de las hadas del que forman parte. De esta manera, no puede hacerse una fácil homologación entre los muy diversos personajes que suelen reunirse bajo ese nombre, procedentes de diversos lugares y culturas, con variantes que dependen de su lugar de residencia. Solo en la actual España la lista de apelativos para los duendes es ya muy larga: trasgos, trasnos, follets, frailecillos, cuines, martinillos, maridillos, mengues, maneirós, pautos, cermeños, tardos, ingumas, pesantas, manonas, pasadiellus, y un largo etcétera donde los aspectos, las actividades y el carácter de cada uno varía con respecto a los de los demás.

De hecho, ni siquiera en todos los relatos en donde se usa literalmente el apelativo de duende para el personaje del que se habla estamos necesariamente ante el ser hogareño que indica su nombre, sino que en muchísimos casos nos

encontramos con “duendes” agrestes, que acechan a los viajeros en los descampados y los caminos. Esto se debe en parte —no debemos olvidarlo— a que, al margen de su eventual presencia en los domicilios humanos, el duende es en esencia un geniecillo local, un hada de los bosques, de las minas, de las montañas o de los ríos. Por lo tanto, no tiene nada de raro que existan historias que nos hablen de él en esos contextos, en donde lo único fuera de lugar es la manera de denominarlo, que no encaja con la vida al aire libre.

***Para saber más:***

Cano Herrera, Mercedes, *Entre anjanas y duendes. Mitología tradicional ibérica*, Valladolid: Castilla Ediciones / Instituto Interuniversitario de Iberoamérica, Universidad de Valladolid, 2007.

Salido Domínguez, Javier, “Figurillas de encapuchados hispanorromanos: Definición, clasificación e interpretación”, en *Archivo Español de Arqueología*, 2015, núm. 88, pp. 105-125, disponible en <https://acortar.link/pdryrw>



## El duende en la Nueva España

---

Según Gonzálo Fernández de Oviedo, en cierta ocasión, por orden del comendador mayor de la ciudad de Santo Domingo, fray Nicolás de Ovando, un hombre llamado Pedro de Lumbreras emprendió el trabajo de encontrar un lago en una sierra de la Isla de La Española. El camino era áspero y empinado, pero los hombres no dejaron de subir a pesar del frío que los invadía hasta que un ruido desconocido que sonaba cada vez más fuerte en lo alto de la sierra los detuvo. Aterrados, sus compañeros de viaje, un hidalgo de nombre Mexía y seis indios locales, ya no quisieron avanzar alegando el frío y el cansancio, por lo que Lumbreras tuvo que continuar solo, sin dejar de encomendarse a Dios. Al final, después de subir un largo y dificultoso camino, el agotado hombre encontró una laguna de unos tres tiros de ballesta de longitud (alrededor de un kilómetro) y una tercera parte de eso de ancho. No se quedó mucho tiempo en ella porque incluso desde antes de llegar ya había comenzado a escuchar una serie de ruidos tan espantosos, una serie de gritos y silbidos tan completamente ajenos a cuanto sonido conocía, que prefirió alejarse rápidamente de ahí, lleno de pavor, seguro de que no se encontraba en presencia de una asamblea de personas y probablemente tampoco de simples bestias.

Pero, si aquellos ruidos no eran de animales y el estruendo no parecía de voces humanas, ¿de qué sí parecían dentro de su imaginación? De acuerdo con Fernández de Oviedo, existían varias historias sobre este sitio que él no creía y de las que prefería no dar cuenta, pero tales historias locales no eran necesarias para llenar de temor a los colonos y los viajeros que ya llevaban en sus cabezas mil relatos horripilantes desde su tierra natal.



Desde el primer momento de su arribo a las islas los europeos habían llegado buscando en el Nuevo Mundo aquellos seres fantásticos que poblaban su imaginario desde la Antigüedad, y como muestra de ello podemos mencionar al mismo almirante Cristóbal Colón (c. 1451-1506), que informó acerca de avistamientos de sirenas en las costas de La Española en 1443. De esta forma, basando sus experiencias nuevas en viejos referentes, más que encontrar en América el caudal de maravillas imaginado los recién llegados terminaron acercándolo en ella. Y uno de los seres que desembarcó con los europeos y colonizó las nuevas tierras fue el duende.

Al igual que en el resto de Europa, en España los duendes fueron identificados como demonios por la Iglesia, por lo que una vez en el Nuevo Mundo era lógico que en todas las denuncias y procesos inquisitoriales este personaje apareciera con ese tinte cuando en los fenómenos descritos existía alguna actividad que tradicionalmente se asociara con ellos. No obstante, sin una naturaleza claramente distinguible en función de su conducta, era común encontrar gente que no supiera exactamente cómo clasificarlos, y por eso en la tradición popular siguieron coexistiendo simultáneamente durante siglos las ideas de que eran demonios de baja estofa, ánimas de los muertos purgantes, de los muertos condenados, o incluso entidades inexplicables de otra índole.

CONFUSIÓN ENTRE DUENDES, HADAS,  
DIFUNTOS Y DEMONIOS

“Los demonios terrestres son los lares, genios faunos, sátiros, ninfas del bosque, trasgos, hadas, elfos «Robin Goodfellows», gnomos, etc., que puesto que están muy familiarizados con los hombres, también son los que más le dañan. Algunos creen que eran sólo ellos los que atemorizaban a los paganos antiguamente y tenían tantos ídolos y templos erigidos a ellos. [...] Algunos sitúan a nuestras hadas en este rango, pues han sido adoradas en otros tiempos con mucha superstición barriendo sus casas, y poniendo [para ellos] un cubo de agua limpia, buenos manjares y cosas semejantes[...].

[...] Hay otro tipo, que frecuenta casas abandonadas, llamados «foliots» por los italianos; son en su mayor parte ino-cuos, como mantiene Cardano: «hacen ruidos extraños por la noche, a veces aullan lastimeramente, y luego se ríen de nuevo, causan grandes llamas y luces repentinas, arrojan piedras, hacen sonar cadenas, rasuran a los hombres, habren las puertas y las cierran, arrojan al suelo fuentes, taburetes, cofres, a veces se aparecen en forma de liebres, cuervos, perros negros, etc.», de donde leyó el jesuita P. Thyraeus (en su tratado *De locis in-festis*, part. 1, cap. 1 y cap. 4) que considera que son demonios o las almas de los hombres condenados al infierno que buscan venganza, o si no almas salidas del purgatorio que buscan tranquilidad[...].

[...] Estos espíritus a menudo predicen la muerte de los hombres por medio de diversos signos, como golpes, gemidos, etc.”.

---

Robert Burton, *Anatomía de la melancolía* (1621),  
Sección II, Miembro I, Subsección II.



A lo largo de todo el virreinato, los duendes se apegaron en general a las características heredadas de la península, sin variables sustantivas. De esta forma, en estas tierras encontramos duendes encogollados, duendes que arrojan piedras a los techos y las paredes de las casas, duendes enamorados, duendes perseguidores de personas, duendes habladores y comunicativos, duendes rezanderos, etcétera. Del mismo modo, igual que en la península y a diferencia del norte de Europa, en la Nueva España no vamos a encontrar al típico duende auxiliar de la casa sino una serie de personajes que, en el mejor de los casos, resultan meramente anecdóticos para sus habitantes y, en el peor de ellos, verdaderas amenazas que ponían en riesgo su salud física y espiritual.

***Para saber más:***

Colón, Cristóbal, *Diario de a bordo*, edición e introducción de Luis Arranz Márquez, Madrid: Dastin, (Crónicas de América), 2003.

Fernández de Oviedo y Valdéz, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, 4 Tomos, Madrid: Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1852.

## El duende incendiario de Valladolid

---

Tirar piedras y remover muebles pesados podía ser una acción peligrosa de los duendes, pero entre los peligros reportados durante el virreinato ninguno lo fue tanto como lo que hacía el duende de Valladolid, en Yucatán, de acuerdo con los escritos del sacerdote Pedro Sánchez de Aguilar (1555-1648), redactados en 1613. En su obra *Informe contra los adoradores de ídolos del Obispado de Yucatán* (1639), Pedro Sánchez habla de una entidad que había comenzado a manifestarse en la villa de Valladolid por los años de 1560, a la cual llama “demonio parlero, o duende”, incapaz de decidirse plenamente por una naturaleza concreta para este personaje.

Según Sánchez, este duende hablaba imitando la voz de un papagayo y tenía conversaciones con la gente, principalmente en las casas de dos hidalgos conquistadores llamados Juan López de Mena y Martín Ruiz de Arce, en donde solía manifestarse más que en otros lugares, pero siempre hacia las ocho o las diez de la noche, con las luces apagadas y sin dejarse ver por nadie. En ocasiones el duende tocaba diestramente la vihuela y las castañuelas para los congregados en las reuniones e incluso se ponía a bailar alegremente, en medio de risas cuando alguien las tocaba.

Al preguntarle por su nombre y su patria, en aquellos todavía primeros tiempos de la colonización del Nuevo Mundo, cuando la mayor parte de los españoles avecindados en él habían nacido en Europa, el duende no dudaba en afirmar que procedía de Castilla la Vieja, por lo que parecía evidente que había llegado en los mismos barcos que el resto de los cristianos. Para la gente que lo escuchaba eso explicaba que el duende supiera rezar el *Padre Nuestro* y otras oraciones, por

lo que cualquiera hubiera dicho que se trataba de un buen católico, pero poco a poco su comportamiento fue dando a entender que no era así.

Aunque al principio este duende no causaba más daño que el producido por su malintencionada lengua al hablar de algunas doncellas de la villa, se decía que había comenzado a lanzar piedras en algunas casas, y que hacía ruidos en las azoteas y los zaquizamíes (desvanes) espantando a la gente. Luego, cada vez más desbocado, empezó también a tirar huevos a las mujeres y las doncellas, abofeteaba a la gente que trataba de alejarlo y se iba a contar sus maldades a las casas de Juan López y Martín Ruiz en medio de su abundancia habitual de risas y cantos, pero adobados ahora con inquietantes ruidos y silbos como de chicharra. Debido a ello, el cura de Valladolid, don Tomás de Lersundi, intentó exorcizarlo, pero ni siquiera pudo acercarse a él. En cambio, su casa terminó siendo vandalizada por el duende, que hizo en ella una de las típicas maldades que hasta hoy se les atribuyen: estropear los alimentos.

#### TRAVESURAS TRADICIONALES DE LOS DUENDES

“Sucedió que el cura de aquella villa [de Valladolid], llamado Tomás de Lersundi, le quiso conjurar, para lo cual llevó el ritual y manual, e hisopo debajo la capa, y disfrazado una noche fue a una de las dos casas donde [el duende] hablaba, y le esperó a que hablase, y, aunque lo llamaron no vino, ni habló. E ido el cura, [el duende] hizo el ruido que solía, riéndose



• • •

muchísimo. Y vuelto el cura a su casa, donde había dejado la mesa puesta para cenar, y una fuente de buñuelos, y una limeta [vasija para vino, panzuda y de cuello largo] de buen vino, cerrada la casa, halló en la fuente mucho estiércol de su mula, y la limeta llena de orines añejos. Y al punto que el cura salió del conjuro que iba a hacer, riéndose mucho, dijo el duende: “El cura me quería coger, pues no me cogerá, allá verá en su mesa con quien se burla”. Y rogándole que dijese lo que pasaba, dijo la burla dicha, y por la mañana la contó el cura a todo el pueblo”.

---

Pedro Sánchez de Aguilar, *Informe contra los adoradores  
de ídolos del Obispado de Yucatán* (1639).



Cansado de los falsos testimonios e insultos del duende contra la gente de bien, el obispo de Yucatán ordenó con graves amenazas que nadie volviera a hablar con este ni le respondiera nada, por lo que el duende, abandonado por su público, dio en llorar y quejarse del obispo por todas partes, haciendo ruidos cada vez más aterradores en las azoteas y los terrados, quitándole el sueño a los desdichados pobladores de aquel lugar. Y como la gente insistiera también en ignorarlo, la furiosa criatura comenzó a incendiar las casas de los indios, que eran principalmente de paja. Aterrados, los vecinos prometieron entonces a San Clemente Papa realizar una procesión hasta el convento de San Francisco que tenían en la villa si el duende los dejaba en paz. Lo cual finalmente ocurrió.

Sin embargo, en 1596, casi cuarenta años después de los eventos arriba relatados y siendo ya sacerdote en Valladolid, el mismo Pedro Sánchez de Aguilar relata que el duende regresó con más furia que antes, infestando algunos pueblos cercanos y quemando las casas de los indios en muchos sitios, particularmente en el pueblo de indios de Yalcobá.

### CAPACIDAD DESTRUCTIVA DE LOS DUENDES

“[...] a medio día puntualmente, o a la una de la tarde, entraba [el duende a Yalcobá] en un remolino de viento, levantando gran polvareda, y con un ruido como de huracán, y piedra paseaba todo el pueblo, o la mayor parte de él, y aunque los Indios se prevenían luego en apagar aprisa el fuego de sus cenizas, no aprovechaba, porque de las llamas con que este demonio es atormentado, despedía centellas visibles que, como unas cometas nocturnas y estrellas errátiles, pegaba fuego a dos o tres casas en un instante, y de ellas se abrasaba la que no tenía gente bastante para apagar el fuego con baldes de agua y mantas mojadas, con que tenía a los miserables indios asombrados y temerosos, y se salían a dormir a la sombra y abrigo de sus árboles frutales, altos y coposos”.

---

Pedro Sánchez de Aguilar, *Informe contra los adoradores de ídolos del Obispado de Yucatán* (1639).



Informado Sánchez de Aguilar acerca de esta situación, acudió a Yalcobá y, a petición de sus habitantes, primero celebró

dos misas cantadas pidiendo la intercesión del Arcángel San Miguel. Luego, de pie en la puerta sur del pueblo, conjuró al duende con toda su fe ordenándole que no entrara más en él. Y lo logró, solo que a cambio de eso, todavía más furioso que antes, el duende regresó a Valladolid, en donde continuó quemando las casas que no eran de teja. Al final, poniendo cruces en los caballetes de todos los techos, porque los demonios temen sobremanera las imágenes y símbolos de Jesucristo, el duende por fin desapareció, aunque parece que no definitivamente, pues el mismo Sánchez de Aguilar dice que solo fue por algunos años más, sin darnos ninguna explicación al respecto.

Lo único que sabemos es que años después, el fraile franciscano Diego López de Cogolludo (1613-1665) escribió en su *Historia de Yucatán* (1688), que después de llegado él desde España en 1634 hubo todavía algunos incendios inexplicables de casas que sospechaban que eran ocasionados por el duende para inquietar a los vecinos como hacía en la antigüedad.

### ***Para saber más:***

Sánchez de Aguilar, Pedro, *Informe contra los idólatras de Yucatán*, en Varios Autores, *Hechicerías e idolatrías del México antiguo*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, (Cien de México), 2008, pp. 138-140.



## Duendes apedreadores

---

Como vimos al describir al típico duende europeo, y veremos en la mayor parte de los casos novohispanos, una de las características más comunes de los duendes es el de apedrear muros, tejados y hasta personas (véase Imagen 6). En la Nueva España tenemos varios relatos que mencionan esta actividad, y uno de los más típicos es el que en 1618 denunció un vecino de la Ciudad de México llamado Juan Gutiérrez, que entonces vivía en una casa en la calle que daba al convento concepcionista de Regina Coeli, hoy en la esquina de las calles de Regina y Bolívar, en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

Según Gutiérrez, en la casa donde vivía anteriormente (“pared y medio, es decir, contigua a la que ahora habitaba”) habían ocurrido hacía dos años una serie de actividades extrañas que lo habían obligado a dejarla. En su declaración, Juan afirmaba que cierta noche de 1616, sin poder averiguar su procedencia, una lluvia de piedras había empezado a golpear con fuerza la ventana-puerta de la sala, rompiéndole toda la loza y las macetas de barro mientras los objetos de la casa se caían de su sitio e iban de un lado a otro movidos por fuerzas invisibles, incluyendo un crucifijo que con la caída se había roto y perdido un brazo en medio de la confusión. Si bien no insiste sobre ello, este último detalle parece enunciado por Gutiérrez con particular alarma, pues parecía delatar una inteligencia maligna muy concreta y personal detrás de aquellos eventos.

Aterrorizados, el denunciante y su familia se vieron obligados a mudarse de vivienda por el miedo que aquel horrible fenómeno les había causado. Aunque pequeña, la



**Imagen 6.** Una de las características más recurrentes en las historias sobre duendes es su afición por lanzar piedras contra las casas, a veces incluso contra sus habitantes sin que nadie pueda localizar el sitio desde el que proceden. Duende apedreador, Freepik AI Suite, 2024, [imagen generada por IA].

distancia entre las casas podría haberles dado la esperanza de que aquello cesara, pero no fue así, pues —al igual que en los relatos europeos— a su nueva vivienda también les siguió con acciones similares aquel “demonio o duende o lo que ello sea” (como lo llamaba Juan) que había causado el desaguisado anterior y cuya naturaleza él, atrapado entre las creencias populares y las enseñanzas del cristianismo, no atinaba a determinar, aunque tuviera algunas sospechas acerca de la hechicería supuestamente practicada por una de sus esclavas, una negra criolla de nombre Catalina.

Para su fortuna, después de narrar lo ocurrido a un sacerdote y a un inquisidor, que lo encomendaron a Dios y le pidieron depositar en él su confianza, aquel ruido se presentó una vez más en su domicilio y luego cesó para siempre. No queda claro en la documentación si el cese de los disturbios nocturnos en la casa de Gutiérrez ocurrió antes o después de que el miedo a lo que estaba ocurriendo lo llevara a vender a su esclava, pero sí sabemos que estos continuaron repitiéndose en otros lugares en donde ella estuvo presente después de venderla, por lo que el final de lo ocurrido en casa de este hombre no fue el final de toda la historia.

## HECHICERÍA COMO EXPLICACIÓN DE LOS RUIDOS Y APEDREOS NOCTURNOS

“[...] siempre quedé con gran miedo y sospecha de la dicha negra criolla. Y por esta causa, y por ser oidora, la vendí y la llevaron a Zacatecas, y después de algunos días la volvieron a esta ciudad [de México] y la vendieron a Juan de Macaya, mercader en el portal grande de la plaza. Y habrá un mes que el dicho Juan de Macaya sintió en su casa un gran ruido, y más del que yo sentí en la mía, de manera que le obligó a salir huyendo de la casa y mudarse a la casa de Juan de Rosas, su cuñado. Y yendo yo a hablar al dicho Juan de Rosas, vide en su casa la dicha negra y luego sospeché que esto que Juan de Macaya sentía tenía alguna culpa la negra y así le dije la echase de su casa, el cual lo hizo luego. Y preguntando yo después que salió la negra si sentían algún ruido en la casa, me dijeron que habían cerrado la casa y que así no sabían si había algún ruido. Y esta es la verdad y lo que se hizo en Mexico a primero de diciembre de 1618 años. Juan Gutierrez”.

Archivo General de la Nación, Inquisición,  
vol. 317, exp. 18, f. 1r-1v.

### *Para saber más:*

Archivo General de la Nación, Inquisición, vol. 317, exp. 18, f. 1r-1v. en Ayala Calderón, Javier, *El Diablo en la Nueva España. Visiones y representaciones del Diablo en documentos novohispanos de los siglos XVI y XVII*, Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2010, pp. 219-220.

## Duendes aporreadores

---

Desde mucho tiempo antes del proceso de conquista y colonización del Nuevo Mundo, mucho antes de la tiptología espiritista del siglo XIX, era común que los espíritus se pusieran en contacto con los hombres por medio de señales para comunicarles su voluntad o para responder a sus preguntas. En el caso de los duendes era bien sabido que solían manifestarse moviendo objetos de su lugar, produciendo ruido de piedras a veces inexistentes en las azoteas y los muros de las casas para espantar a sus habitantes, así como golpeando las puertas y otros objetos sólidos. Estos intentos de comunicación podemos encontrarlos en la investigación realizada el 16 de septiembre de 1620 acerca del duende Diego Ángel, que se decía se manifestaba auditivamente en la estancia de Lorenzo Pérez en la provincia de Suchitepéquez, en Guatemala.

De acuerdo con el declarante Antonio Arriaga, en alguna ocasión él había escuchado decir a un sujeto de nombre Alonso de Ayala que aquel duende no era alguna cosa mala ni condenada al infierno, porque de ser así no podría tener el rosario que se le escuchaba agitar ruidosamente en el aire, a juzgar por el entrechocar de cuentas que se percibía en su presencia. Como es fácil de entender, este argumento resultaba increíble para sus detractores, acostumbrados a relacionar al duende con el demonio y, por ende, conocedores del rechazo que los objetos religiosos producían en ellos.

La descripción de las actividades humanas en torno a la figura del duende Diego Ángel nos muestra la curiosidad de la gente común con respecto a la vida de ultratumba y los asuntos religiosos, pues las preguntas que los contertulios

le dirigían a este personaje giraban en torno a si habrían de salvar su alma el día del Juicio Final, así como pequeñas pruebas acerca de cuántas eran las personas de la Trinidad y otras cuestiones religiosas con las que, además, intentaban averiguar si el duende no sería realmente el Demonio. Pues, de serlo, el temor ante las respuestas le hubiera impedido contestar cualquier cosa que implicara el nombre de Dios, de su hijo, de la Virgen María, de los santos y de cuanta figura o concepto religioso implicara algún tipo de daño para él. Y las respuestas del duende se daban siempre por medio de golpes que sonaban cerca del sitio de la invocación, aunque no se supiera con precisión de dónde procedieran.

De manera por demás absurda para la lógica del cristianismo, para escapar de la acusación de haber consultado al demonio bajo la forma de duende, el joven Diego de Ayala, sobrino de Alonso, insistía ante las autoridades en que este era un espíritu bueno, lo cual se desprendía lógicamente de que supiera rezar, pues según él alguna vez lo había acompañado en sus oraciones dando golpes para denotar con ello su propia plegaria, y cuando llegó a la parte del “amén” había hecho un ruido parecido a cuando una persona arrastraba un pie para hacer una reverencia. Todos estos argumentos, por supuesto, no podían sino aumentar el recelo y la reprobación de quienes lo interrogaban, pues, como todo religioso sabía, de la familiaridad nace la confianza, y la confianza hace abandonar la distancia que siempre debía haber con respecto a lo sagrado.

#### COMUNICACIÓN CON EL DUENDE Y SUS RIESGOS

“[...] aunque yo no daré testimonio de haberlo visto, he oído decir a muchas personas de crédito que [a los duendes] los oyen tañer con guitarras y cascabeles, y que muchas veces responden a los que llaman, y hablan con algunas señales y risas y golpes, y en fin, se viene a perder el miedo que de ellos se podría tener si, como ya os he dicho, pudiesen poner por obra lo que desean conforme a su maldad y malicia; que si estuviesen en libertad para dañarnos no serían burlas, sino veras, hasta echarnos a perder así el cuerpo como el alma”.

Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas* (1570),  
Tratado tercero.

Un caso similar a este ocurrió treinta años después en el pueblo de Los Reyes, del Real de Minas de Oztoticpac, Nueva Galicia (el actual Jalisco). El nombre mismo de Oztoticpac ya nos deja imaginar el entorno físico en el que se debe situar esta historia, pues en náhuatl Oztoticpac significa “encima de la cueva”, aludiendo al carácter serrano del territorio y a su principal actividad económica, que era la extracción minera. Dentro de esta demarcación, el caserío de Los Reyes estaba en una ciénega y meza de lo que hoy llamamos Sierra Madre Occidental, situado a la vera de un río que llevaba su mismo nombre, envuelto por todos lados por una exuberante vegetación tropical de platanales y aguacates, y se llegaba a él por caminos difíciles y sinuosos que probablemente no habían hecho sino deteriorarse a medida que esta localidad se iba extinguiendo debido al poco éxito de sus minas.

Como sabemos, uno de los tipos de enclaves favoritos de los duendes eran precisamente las minas. Dentro de las tradiciones del norte de Europa, algunos de estos duendes indicaban a los mineros por medio de ruidos y aporreos de diversa intensidad la presencia de alguna rica veta de mineral o la inminencia de algún derrumbe en los socavones, aunque su identificación con demonios no dejaba de alertarlos acerca de su aparente amistad (véase Imagen 7). Si bien es posible que existieran relatos acerca de la presencia de estos duendes en las zonas mineras de la Nueva España, el único que ha llegado hasta nosotros es el denunciado en el pueblo de Los Reyes, aunque sus aporreos son de un tipo muy diferente al de los pequeños mineros europeos.



**Imagen 7.** Grupo de *Coblynau*, duendes de las profundidades que trabajaban en las minas según el folklore del sur de Gales. Grabado de T. H. Thomas (1879) en Wirt Sikes, *British Goblins* (1880), Cap. II, Secc. VI. Dominio público.



De acuerdo con una declaración hecha ante el Santo Oficio en 1650 por una mujer llamada Francisca de Castañeda, en una hacienda de Los Reyes, el español Agustín de Zúñiga organizaba reuniones de amigos y vecinos desde hacía más o menos unos seis años. Durante estas reuniones, que siempre eran concertadas durante la noche y nunca de día, hacían preguntas “por muchas cosas de esta vida y de la otra” a unos duendes que les respondían dando golpes sobre una caja, cuando la respuesta era afirmativa o guardando silencio cuando no lo era (véase Imagen 8).

Sin que en el documento se nos diga cómo, Agustín de Zúñiga había comenzado a notar la presencia de duendes en los alrededores de Los Reyes hacia 1644. Gracias a las cinco rayas que dejaban sobre la caja o superficie que golpeaban durante la sesión pudo saber intuitivamente que se trataba de una cuadrilla de cinco duendes, una raya por cada espíritu presente, y como entre todas ellas había una que era siempre más larga, le había parecido también que esta debía ser la de su líder, al que comenzó a llamar Capitán. Luego, interrogados por los mineros, los duendes confesaron que a pesar de su aparente carácter cerril en realidad procedían de la villa de Puebla, que en aquel entonces era un asentamiento de españoles peninsulares, pero también criollos, es decir, ya nacidos en el Nuevo Mundo; lo cual tiene sentido al estar claramente vinculada con los relatos de duendes europeos por un lado, pero también con la idea de que después de tantas décadas de existencia del virreinato, los nuevos duendes ya podían enunciarse como propios de la tierra.

Para evitar las sospechas de los vecinos acerca del carácter diabólico de sus invisibles visitantes, Agustín aseguraba que antes de empezar a comunicarse con ellos los había



**Imagen 8.** Los duendes de Los Reyes se comunicaban con la gente que acudía a las veladas de Agustín de Zúñiga golpeando una caja para decir que sí, y guardando silencio para expresar lo opuesto. Duende aporreador, Freepik AI Suite, 2024, [imagen generada por IA].

conjurado en nombre de Dios para que si eran alguna cosa mala se alejaran de ellos, y como no lo habían hecho, se probaba que no eran entidades malignas. Como, además, el Capitán había asegurado que los duendes podían ir al cielo, entonces no debía haber ningún problema en comunicarse con ellos puesto que eran buenos. Sin embargo, eso no encajaba con el hecho de que, al inicio de las sesiones, en el momento en que la luz de una vela se expandía en un gran círculo hasta el techo, Agustín de Zúñiga preguntaba: “¿Ya habéis llegado, demonios?”.

Como el simple entretenimiento de mineros que parece haber sido, una de las atracciones principales de tales contactos consistía en que Agustín ponía a los duendes a bailar durante las reuniones —como hacía un siglo antes el duende de Valladolid—, y los vecinos congregados en su casa se divertían escuchando el ruido que armaban durante el zapateado. Pero el problema principal no era ese, sino otra de las actividades favoritas de los invitados durante las sesiones que consistía en preguntar a los duendes (al igual que se hacía con el duende Diego Ángel en la provincia de Suchitepéquez) acerca de si las almas de algunos difuntos conocidos estaban en el infierno en el cielo o en el purgatorio y cuánto tiempo pasarían en este último, lo cual ya era un asunto mucho más delicado para las creencias de la época.

Acostumbradas como estaban las autoridades eclesásticas a denuncias sobre lo que ellas consideraban ridículas supersticiones del vulgo, la creencia en duendes no parecía gran cosa tomando en cuenta la cantidad y variedad de tales tradiciones en España, pero las preguntas acerca del destino de las almas en el Más Allá eran demasiado osadas, por pretender averiguar sobre asuntos que se consideraban de la exclusiva competencia de Dios. Una piadosa curiosidad acerca de la vida

posterior a la muerte no tenía nada de reprochable cuando formaba parte de la meditación y la oración como proponía la Iglesia, pero involucrarse en un intento de contacto con el Más Allá por medios demoníacos era ya algo muy diferente que no podía pasarse por alto.

Como en su momento hiciera Diego de Ayala en el caso del duende Diego Ángel, Pedro de Zúñiga, hijo de Agustín de Zúñiga, también participante en aquellas reuniones, afirmaba que ni él ni su padre creían estar cometiendo ningún delito al hablar con los duendes, por lo cual jamás lo habían hecho a escondidas; lo que nos deja ver el relajado ambiente religioso que se tenía en aquellos lejanos y aislados enclaves, en donde algo así podía ocurrir durante años sin que nadie llamara al orden a los infractores.

### *Para saber más:*

Sánchez Godinez, Jesús Antonio. *Los duendes y las almas del Más Allá en las minas de Ostoticpac, Nueva Galicia (1650)*, tesis para obtener el título de licenciado en historia, México, Universidad Autónoma de México, 2024. Disponible en <https://n9.cl/xqr8l>



## Duendes perseguidores

---

Otro duende que de vez en cuando llegó a manifestarse por medio de golpes en una superficie (una puerta en este caso) fue el duende de la villa de Peñaranda de Bracamontes, Michoacán, pero en ese caso, se trataba de solo una más de sus muchas habilidades, pues este dominaba a la perfección (y hasta con exceso) el don del habla; el cual usaba para hacer notar otro punto en común con los duendes de Los Reyes, que era su devoto pero escandaloso cristianismo. Este duende, como muchos otros, se caracterizó no por adueñarse de un lugar, sino por perseguir a las personas que los habitaban a pesar de sus intentos por escapar.

Según la declaración del regidor y alcalde ordinario, Francisco de Valdivieso, fechada el 29 de abril de 1660, un duende hacía travesuras y espantos en una casa en donde vivía su hija, Teresa de Valdivieso Salazar, en las afueras de la pequeña villa de españoles; llamada Peñaranda de Bracamontes, recién fundada en 1656 en el corazón de la república de indios de Zitácuaro, en el sureste del obispado de Michoacán.

Las prácticas del duende en este lugar eran las típicas travesuras de quitar la mesa o echarle tierra encima, aunque acompañadas de otras menos tolerables y mucho más peligrosas como era la de tirar piedras a sus huéspedes. Teresa vivía tan aterrorizada con esta presencia, que un buen día en que su marido estaba ausente y las actividades trasteadoras del duende superaron su paciencia y valor, la joven ama terminó por huir de aquel sitio junto con sus sirvientes para ir a refugiarse primero en una casa vecina y luego directamente a la villa. A la que fue seguida por el duende, que no estaba dispuesto a

dejarla en paz. Como otros duendes en Europa, el que seguía a Teresa se instaló en una cocina de su nuevo hogar, lo cual hacían porque era la pieza más tibia de las casas y probablemente también debido a su naturaleza tradicional de ayudantes del hogar (véase Imagen 9).



**Imagen 9.** Los duendes solían instalarse en las cocinas porque eran los sitios más tibios de las casas, pero también porque eran los lugares de sus labores más frecuentes. El duende Hintzelmann trabajando diligentemente en la cocina del castillo de Hudemühlen (fragmento). Grabado en *Der vielförmige Hintzelmann* (1704), cap. 12. <https://acortar.link/IvkrDW>

Poco a poco los ataques se volvieron cada vez más virulentos, pues el desvergonzado duende no solo se empeñaba en deshacer las camas, arrojar muñecas, almohadillas y sombreros por todos lados, sino que arrebatava a las mujeres las cintas de los cabellos y hasta las enaguas de alguna de ellas que encontró un día acostada. Peor aún —y de manera mucho más peligrosa— lanzaba candelabros y numerosas piedras a cuanto laico o sacerdote trataba de expulsarlo de la casa con sus oraciones o por medio de prácticas más populares y violentas como el uso de armas y el empleo de insultos y groserías como se usaban en la antigüedad contra los espíritus dañinos.

Con el tiempo, el duende había empezado a manifestarse por medio de ruidos o con golpes en una puerta, pero cuando aprendió a hablar ya no hubo manera de callarlo. A todas horas molestaba el pretendido duende a los inquilinos de la casa con una débil voz de mujer tratando de convencerlos de que era el alma de una adolescente llamada Juana; la cual había muerto hacía un tiempo en el pueblo de Taxco, y que tenía por misión lograr que una muchacha de Peñaranda se enmendara de sus pecados. Sin embargo, la falsedad de todos sus lloros, suspiros y exclamaciones piadosas salía a relucir cuando, después de instar a todo mundo a que se confesaran y que juraran nunca más volver a pecar, pedía puerilmente que le llevaran música de guitarras para pasar el rato.

La gente que se congregaba a escucharla se encontraba, pues, dividida entre creer si se trataba de un duende o un ánima del otro mundo, pero todos coincidían en que con esas actitudes contradictorias más parecía engaño del demonio que otra cosa. De esta forma, para salir de la duda, convencidos de que un ángel caído no podía soportar la mención de los nombres de Jesús y de la Virgen María, le exigieron como prueba que dijera algunas oraciones delante de ellos.

Entonces, muy lentamente, pero con todo el efectismo sentimental del barroco, la voz alabó al sacramento del altar y exaltó decididamente para su público “la limpia concepción de Nuestra Señora la Virgen María, concebida sin pecado original para ser madre de Dios”, rematando su oración con el habitual Amén y la invocación de los nombres de Jesús, María y José. Parecía convincente.

Sin embargo, menos crédulas, las autoridades inquisitoriales, que nunca dieron por buenas las apariciones de duendes y siempre sospecharon de las de ánimas, simplemente archivaron el caso, al que calificaron de “disparate continuo”.



La persecución a la que sometían estos pequeños seres a sus víctimas solía producir en ellas accesos de verdadera desesperación, agravada por la incapacidad de evadir el ataque de su invisible agresor y sujetas, por tanto, a una angustia permanente debido a su indefensión. Así lo vemos en el caso de una señora principal de la Ciudad de México, llamada Doña Luisa, recuperado por Artemio de Valle Arizpe en su cuento “Un duende y un perro”, originalmente consignado en el *Libro tercero de la historia religiosa de la Provincia de México de la Orden de Santo Domingo*, del dominico fray Hernando Ojea (c.1560-1615).

Este fraile cuenta en el capítulo tres de su obra, que poco después de la consagración de la iglesia de Santo Domingo (realizada en 1590), dicha señora fue víctima de un “duende o demonio” que la molestaba continuamente haciéndole pasar muy malos ratos con una serie de vergonzosas travesuras, similares a las sufridas por las mujeres en el caso de Teresa de Valdivieso. Así, por ejemplo, cuando estaba ella en su casa



sentada en una silla o en un estrado (como acostumbraban las españolas de la época al estilo morisco), el duende llegaba inesperadamente, invisible para la gente, y la tiznaba con carbón; o bien le quitaba de improviso los guantes, los pañuelos o cualquier otra cosa que trajera en las manos, o le sacaba de los pies las jervillas (unos zapatos ligeros y de suela muy delgada) para arrojarlos lejos de ella (véase Imagen 10).

Día y noche agobiaba el duende a la infeliz mujer, que no se podía librar de él a pesar de que visitaba constantemente diversos espacios religiosos de la ciudad y gastaba mucho dinero mandando decir misas, oraciones y otros sufragios. Un día, sin embargo, la señora se dio cuenta de que el único lugar en donde aquel espíritu no la perseguía era en el interior de la iglesia del convento de Santo Domingo, por lo cual empezó a frecuentarla más a menudo y durante más tiempo hasta que, finalmente, dice el cronista, con el paso de los días y con el favor divino, el duende la dejó en paz y nunca más volvió a molestarla.

Por supuesto, este relato no era más que una forma literaria con la que fray Hernando Ojea, heredero de las prácticas retóricas medievales y renacentistas, estaba haciendo apología de la orden de Santo Domingo, sus santos y sus espacios. Por eso no tenemos mayor información de la dama agredida, ni conocemos sus apellidos, ni tampoco sabemos sobre su familia, ni sobre el sitio donde estuviera su casa, como sí ocurre en los casos inquisitoriales. A pesar de ello, su texto representa fielmente la idea que se tenía de los duendes en la época en que lo construye, hacia finales del siglo XVI y principios del XVII.



**Imagen 10.** El duende le arrebatava a doña Luisa los guantes, los zapatos y cualquier cosa que trajera en las manos sin que ella pudiera defenderse. Duende de Santo Domingo, Freepik AI Suite, 2024, [imagen generada por IA].

***Para saber más:***

Archivo General de la Nación, Inquisición, vol. 585, exp. 9, f. 212 bis r.-221r. en Ayala Calderón, Javier, *Fantasmas de la Nueva España*, Guanajuato: Universidad de Guanajuato, pp. 326-332.

Ojea, Hernando, *Libro tercero de la historia religiosa de la Provincia de México de la Orden de Santo Domingo*, México: Museo Nacional de México, Oficina Tipográfica, 1897, pp. 23-24. Disponible en <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080016462/1080016462.PDF>



## Duendes amorosos

---

Otra característica comúnmente atribuida a los duendes era la de su fuerte atracción hacia las mujeres, aunque también ocasionalmente hacia los hombres, lo que durante la Edad Media dio pie a la creencia popular en los íncubos y los súcubos, demonios que tenían relaciones sexuales con mujeres y hombres respectivamente.

Si bien su vestimenta no derivaba originalmente de los hábitos de los frailes sino que, como ya hemos dicho, probablemente se remontaba a las imágenes de genios encapuchados del mundo celta, con los que guardaban alguna semejanza, en los documentos novohispanos de la Inquisición podemos encontrar al duende descrito esporádicamente como un inquietante frailecito encapuchado. Esto era muy común en las tradiciones españolas, donde se le llamaba Martinico, duende capuchino, etc.; el cual tentaba sexualmente a las personas probablemente como un reflejo del pecado de sollicitación en el que incurrían muchos religiosos de la época (véase Imagen 11).

Uno de esos casos fue una denuncia hecha en 1600 por una adolescente india de Tepeaca, la cual acusó a una mujer española de nombre Juana Muñoz por haber dicho que cuando era joven solía ser perseguida a todos lados por un duende frailecito llamado Anteo, y que de noche este le tiraba piedras a la ventana de su habitación, que era la típica forma en la que los amantes anunciaban su llegada. Sin mencionarlo explícitamente, la joven india daba a entender que Juana Muñoz tenía comercio carnal nocturno con este personaje, pues afirmaba —siempre citando a su acusada— que cuando



**Imagen 11.** Los duendes con figura de frailecitos eran muy típicos de los siglos XVI y XVII, y así fueron representados en múltiples ocasiones, como lo hace en 1799 el pintor Francisco de Goya en el grabado N° 49, “Duendecitos”, de su serie *Los caprichos*, con que critica al clero de su tiempo. En el centro, clero secular, a la izquierda un fraile calzado, y a la derecha uno “descalzo”. <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Duendecitos.jpg>

el duendecito se marchaba de su lado, ella hallaba en su habitación un pañuelo con dinero, lo cual podría sugerir un pago por sus favores.

Otro caso de duende frailecito y comercio sexual es el que vemos en la declaración, hecha en 1676, por un español llamado Nicolás de Zúñiga, en la ciudad de Santiago de Guatemala acerca de un joven que una noche había aparecido amarrado de pies y manos junto a la barandilla de un corredor en la casa del cabildo de esa ciudad. Al decir de Nicolás, dicho joven, que se hacía llamar Bernabé, había comentado que su situación se debía a la ira de un duende que lo perseguía y que la mayor parte del tiempo se presentaba ante él con la forma de un “frailecito pequeño de san Francisco”, aunque también tomaba ocasionalmente apariencia de mujer y de Cristo crucificado.

No obstante, este maltrato no había ocurrido desde el principio, sino que en un primer momento la relación entre ellos había sido tan “cordial” que el duende, con aspecto de mujer, se le acostaba en los brazos, dormía con él y, de hecho, hasta habían tenido placenteros contactos sexuales estando en el monte. Y había sido precisamente cuando Bernabé comenzó a negarse a estos contactos, que el vínculo se había deteriorado y Doña Juana (que así se hacía llamar el duende cuando tenía forma de mujer) empezó a tener una conducta cada vez más violenta.

Eso, junto con el hecho de que por lo menos una vez dicho duende le había pedido la sangre de sus brazos, permite suponer que estas personas consideraban realmente al frailecito una manifestación del Diablo o al menos uno de sus demonios, pues, como se sabe, la sangre constituía un elemento fundamental del pacto diabólico. Del conjunto de todas las declaraciones parece desprenderse que el acusado Bernabé

disfrutaba mucho la notoriedad social que le daba la “persecución del duende”, por lo que queda claro que toda la historia no era más que un engaño para lograr la popularidad y, tal vez, obtener de toda esa atención una ganancia de algún tipo.

Aunque probablemente muchas personas simples se aterrorizaban ante la mera idea de toparse de noche con los seres sobrenaturales en los que los habitantes de la Nueva España depositaban sus inquietudes y sus miedos, no todo el mundo era tan inocente como para ignorar que la mayor parte del tiempo el del duende era un truco bien conocido para alejarlos de ciertos lugares, con el objetivo de llevar a cabo alguna actividad ilícita al amparo de la obscuridad, ya fuera el robo, el contrabando o las relaciones extramatrimoniales, entre otras.

### EL DUENDE ALCAHUETE Y SU REFLEJO

El uso del duende como truco para ocultar aventuras amorosas era muy bien conocido, solo que a veces se usaba también para sacarlas a relucir, fueran estas verdaderas o no. En este doble sentido entre la denuncia y la difamación lo plantea Baltasar Gracián, en 1651, en su conceptista estilo:

“Las mujeres entre mantos de humo envolvían mucha confusión y se hacían tan invisibles, que sus mismos maridos las desconocían y los propios hermanos, cuando las encontraban callejeando. Corrían voces, dejando a muchos muy corridos, y no se sabía quién las echaba ni de dónde salían; antes decían todos:

«Esto se dice; no me deis a mi por autor».

• • •



Publicabanse libros y libelos, pasando de mano en mano, sin saberse el original. Y había autor, que, después de muchos años enterrado, componía libros y con harto ingenio, cuando no había ya ni memoria de él. Entremetiéronse en los más íntimos retretes, alcobas y camarines, donde toparon varias sombras de trasgos y de duendes, nocturnas visiones, que aunque se decía no hacían daño, no era pequeño el robar la fama y descalabrar la honra; andaban a oscuras buscando los soles, los trasgos tras los ángeles, aunque decía bien uno que las hermosas son diablos con caras de mujeres y las feas son mujeres con caras de diablos. Mas en esto de duendes, los había extremados, que arrojaban piedras crueles, tirando al aire y aun al desaire, que abrían una honra de medio a medio”.

Baltasar Gracián, *El Criticón* (1651), Parte II, Crisi v.



Ocorre así, por ejemplo, en un proceso documentado a partir del 12 de enero de 1685 en San Pablo Ravinal (un pueblo de la alcaldía mayor y provincia de la Verapaz, fundado por el dominico fray Bartolomé de las Casas en 1537), donde se rumoraba que había un duende que tiraba piedras de noche y de día en las casas de un vecino llamado Felipe de Carcamo. Lo cierto es que ya desde el principio la gente parece haber sospechado que todo ello era un truco de un sujeto de nombre Melchor Larios para alejar de aquel paraje a la gente y poder así entrevistarse con una joven con la que sostenía una relación amorosa —tal como ocurría en las obras de teatro y las novelas de la época—. Al final, incluso no faltó el testigo que afirmara haber visto



a la pareja en sus actividades amoratorias, por lo que no parece haber duda acerca del hecho.

Por desgracia para Larios, los familiares de la joven no se quedaron con los brazos cruzados ante la deshonra sino que, para vengarse, utilizaron contra él su misma carta de lo sobrenatural denunciándolo ante la Inquisición, acusado de haber seducido y violentado a la muchacha valiéndose de la hechicería. Si bien el Santo Oficio tenía serias dudas acerca de las declaraciones sobre duendes, usualmente se empeñaba en encontrar un culpable si no de la hechicería sí de los fingimientos sobre hechicería, que ponían en riesgo la salud espiritual de los cristianos. Las prisiones de la Inquisición solían ser húmedas, oscuras e insalubres, por lo que el encarcelado Larios, sin poderes de duende que le permitieran escapar de ellos, no sobrevivió a su encierro.

### *Para saber más:*

Archivo General de la Nación, Inquisición, vols. 254, exp. s.n., f. 244r-244v.; 627, exp. 8, fs. 347r-354v., y 661, exp. 21, fs. 525v-526r., en Ayala Calderón, Javier, *El Diablo en la Nueva España. Visiones y representaciones del Diablo en documentos novohispanos de los siglos XVI y XVII*, Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2010, pp. 273-276.

## ¿Un duende femenino?

---

Aunque los duendes de la península ibérica, y luego de la Nueva España, eran todos varones, eso no significa que no hubiera hembras entre ellos, sino que estas no eran particularmente aficionadas a la compañía de los hombres y habrían formado solo parte del mundo de las hadas, que viven exclusivamente al aire libre. Por consecuencia, no se ajustan al concepto de duende arriba mencionado. Los personajes femeninos del imaginario feérico que actuaban como duendes sin realmente serlo encajan más bien con lo que en Galicia se conoce como *mouras*, a las cuales en diferentes lugares de España también se conoce como Encantos, Encantadas y de otras diversas maneras.

El único caso de posibles *mouras* mencionado en la documentación del siglo XVI es contado por Francisco Cervantes de Salazar (1514-1575) en su *Crónica de la Nueva España*, escrita entre 1559 y 1575. Se trata de la experiencia que tuvo en Francia un valiente capitán llamado Alonso de Ávila, contador y procurador en tiempos de la conquista. De acuerdo con este cronista, a pesar de su valor y utilidad como militar, Ávila era un hombre atrevido y soberbio cuya presencia no era grata para Hernán Cortés, que no se sentía particularmente inclinado a ceder en cuestiones de mando. Por ese motivo, para quitárselo de encima por un tiempo, lo envió con otros procuradores en 1522 para llevar al Rey de España un cargamento de riquezas obtenido en la toma de México Tenochtitlan. Por desgracia para él y sus compañeros, ya en alta mar sus barcos terminaron asaltados por el corsario francés Jean Fleury (c. 1485-1527), con lo cual Alonso de Ávila fue remitido a Francia como solía

hacerse con las personas a las que se creía lo suficientemente adineradas para pedir un considerable rescate a sus familias.

Durante los tres años que estuvo en Francia, cómodamente alojado en una fortaleza como exigía la alcurnia del personaje, don Alonso recibió siempre un buen tratamiento por parte de sus captores, aunque esto no lo libraba del aburrimiento ocasionado por la permanente visión de las cuatro paredes de su encierro. Lo único que lo sacaba de su rutina de prisionero era una presencia misteriosa e inasible que rondaba de noche por aquellos sitios, que delicadamente se colaba en su cama cuando él ya estaba acostado y a oscuras, pero que desaparecía en cuanto reaccionaba tratando de sujetarla, por lo que se dio cuenta de que no era algo de este mundo. Avisado de esta manera acerca de las extrañas cosas que ocurrían en la fortaleza, una tarde en que se encontraba muy pensativo sentado en una silla, añorando su libertad, algo lo abrazó por la espalda, algo que poseía unos brazos blancos y muy hermosos que Ávila alcanzó a notar, y que le dijo: “Mosiur, ¿por qué estás triste?”, pero al darse la vuelta para tratar de ver el rostro de la amorosa criatura, no encontró nada.

Con todo, dice Cervantes de Salazar, a pesar de tales experiencias Alonso de Ávila no quiso pedir unas habitaciones diferentes, para que nadie pensara que un caballero español había de tener miedo por algo así. A diferencia de muchos otros relatos del mismo tipo, Alonso de Ávila jamás supo quién o qué era lo que se le había manifestado en su celda. A juzgar por el “Mosiur” proferido por el espectro, podemos suponer que Ávila lo juzgaba francés, mientras que las actitudes cariñosas, los blancos brazos y el hecho de que tal presencia se metiera en su cama por las noches sugieren que lo concebía como un personaje femenino, por lo que parecía estar describiendo los rasgos típicos de las *mouras*, seres femeninos de piel muy blanca y

conducta sexual activa hacia los hombres que se creían las constructoras de antiguos monumentos de piedra y guardianas de fabulosos tesoros dentro del imaginario mitológico de Galicia, Asturias y León.

### MOURAS, ENCANTOS Y ENCANTADAS

“Los mouros y mouras tienen en Galicia un doble carácter. Por una parte, son los integrantes de un pueblo mítico, anterior a la llegada de los cristianos, a los que se les atribuyen la construcción de megalitos y otras obras gigantescas[...]

Por otra parte, los mouros y mouras son también seres encantados que custodian tesoros dejados en Galicia por los musulmanes[...]

[Las mouras] Suelen vivir en los castros, ruinas, castillos abandonados, fuentes y cursos de agua, aunque también se las ubica en suntuosas moradas bajo el agua o bajo la tierra[...]

Se las suele describir con largos cabellos rubios y piel muy blanca. Son muy bellas y encantadoras [...], sus vestidos son siempre muy bellos y elegantes, y su sino más usual es el de guardar tesoros encantados.

Hay casos de mouras que se relacionan con los humanos, a los que les piden que les ayuden gratificándolos con oro, pero siempre bajo la condición de que guarden el secreto de su encuentro[...].

Suelen actuar de noche, durante la cual realizan sus labores, al contrario que los humanos[...].”

---

Manuel Martín Sánchez, *Seres míticos y personajes fantásticos españoles* (2002), pp. 338-341.



Aunque no existe consenso al respecto, algunos investigadores piensan que las *mouras* son el recuerdo de los antiguos y ya desaparecidos habitantes prerromanos de dichas regiones y, como tales, residentes subterráneos de cuevas, túmulos megalíticos (*mámoas*), castros o fortificaciones de la Edad del Hierro, etc., lugares en donde se les inhumaba y donde, como ofrenda, en los casos más ricos, se dejaban los tesoros de los que se volvían guardianes (véase Imagen 12). Esto adquiere sentido cuando, al ser liberado, Ávila lamenta el hecho como la pérdida de una oportunidad de que la aparición le dijera “alguna cosa en lo tocante a su prisión”; es decir, el motivo por el que se encontraba guardando aquel lugar.



**Imagen 12.** Las *mouras* son bellas mujeres de la mitología gallega que, se creía, habían construido los monumentos megalíticos de Galicia de la Edad de Hierro cargando sobre sus hombros las pesadas piedras. Algunas de sus principales características eran su piel blanca, su cabello claro y el hecho de que eran guardianes de tesoros. La moura, Freepik AI Suite, 2024, [imagen generada por IA].

***Para saber más:***

Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, (1a. ed. española, 1914), prólogo de Juan Miralles Ostos, México: Porrúa (Biblioteca Porrúa de Historia, 84), 1985, pp. 770-771.

Llinares, María del Mar, *Mouros, ánimas, demonios. El imaginario popular gallego*, Madrid, Akal (Universitaria, Serie interdisciplinar, 139), 1990, pp. 77-87 y 137-158.

## La lucha contra el duende

---

Según pudimos ver a través de los casos expuestos a lo largo de este texto, era muy común que, en los relatos sobre sus actividades, los duendes aparentaran ser fervorosos cristianos, aunque a la larga quedaba claro por su conducta que esto formaba solo parte de sus trucos para engañar a la gente. Así lo hemos atestiguado con el duende de Valladolid, que tan reconcentradamente recitaba el *Padre Nuestro*; en Peñaranda de Bracamontes, donde el duende alababa el sacramento del altar y la inmaculada concepción de María para convencer a su público de que era un alma a punto de subir a la gloria; en el pueblo de Los Reyes, en donde los duendes afirmaban ser criaturas con posibilidades de acceder al cielo, por lo que no podían formar parte de los ángeles caídos; y también con el duende Diego Ángel de la provincia de Suchitepéquez, quien, aunque fuera con golpes, oraba con su rosario y se inclinaba en respetuosa reverencia ante la divinidad.

No obstante, a la menor provocación estas piadosas criaturas podían llegar a convertirse en un peligro físico para los testigos dentro de los relatos, lo que en ocasiones llevaba a los protagonistas a tratar de escapar de ellos. En muchos casos, de hecho, el acoso se convertía en verdadera persecución hasta que el mismo duende terminaba yéndose tan misteriosamente como vino, sin que las oraciones, los insultos ni los conjuros sirvieran de gran cosa contra él. Mientras que el recurso de la oración no solo estaba ampliamente aceptado dentro del cristianismo católico como una manera de alejar a los duendes y a los demonios en general, sino que se consideraba imprescindible como un resguardo espiritual en medio de las situaciones por las que se atravesaba durante



sus ataques, para otras personas el agente para alejarlos era el simple y directo improprio, cuando no las amenazas incluso con armas, que se consideraba al menos desde Sumeria el más eficiente de los exorcismos (véase Imagen 13).



**Imagen 13.** El uso de armas era un recurso muy antiguo para librarse de los espíritus malignos. En el siglo XVI, un grupo de caballeros armados intentaron en una ocasión expulsar de un aposento del castillo de Hudemühlen al invisible duende Hinzelmann, pero por más que dieron estocadas al aire y acuchillaron los muebles no lograron su cometido. Fragmento del grabado en *Der vielförmige Hinzelmann* (1704), cap. 5. Dominio público, <https://acortar.link/zQMLKt>

Pero ¿de dónde salía esta práctica en el cristianismo? Sin ir muy lejos, probablemente de las duras palabras del mismo Cristo en contra del Demonio y sus esbirros dentro de los evangelios como una manera de alejarlos de los seres humanos. Siguiendo estos ejemplos, dentro del cristianismo se usó siempre el rechazo violento en el trato con los demonios y para el siglo XVI existían dentro de los textos dedicados a los exorcismos apartados especiales de insultos que tenían el objetivo de humillar al Demonio para obligarlo a marcharse, incapaz de soportar un trato tan denigrante a manos de criaturas a las que tan inferiores a sí mismo consideraba.

#### EL INSULTO COMO EXORCISMO

Convencido de que los exorcistas no debían temer el uso de palabras desdeñosas y crueles, ni de las maldiciones más feroces en su ardua lucha contra el Demonio, el célebre franciscano del siglo XVI, Girolamo Menghi (1529-1609) escribió en la sección de improprios de su 4º exorcismo:

“Espíritu impuro, miserable, tentador, impostor, padre de las mentiras, hereje, loco, bestial y furioso enemigo de Creador, serpiente lasciva y cerdo seco, bestia impura y hambrienta llena de herrumbre, bestia costrosa y truculenta, bestia más bestial que ninguna, expulsada del Paraíso y del lugar inefable, privada de la gracia de Dios, de la comunión y la compañía de los ángeles, criatura maldita, reprobada, condenada por Dios eternamente por su orgullo y malignidad, malvada, infame, maldita, excomulgada, blasfema, perversa y condenada[...]”.

---

Girolamo Menghi, *Flagellum daemonum* (1576), 4º exorcismo.

De esta manera, siguiendo a los textos bíblicos, probablemente inspirada también en tradiciones paganas previas, el recurso al insulto fue el medio por excelencia para alejar a las criaturas demonizadas por los representantes del cristianismo. Sin embargo, es verdad que muchas veces tanto las oraciones como los conjuros fallaban lamentablemente, como le ocurrió al sacerdote Pedro Sánchez de Aguilar, que en 1596 conjuró al duende de Valladolid para que suspendiera sus malas acciones en Yalcobá y solo logró irritarlo todavía más, al grado de llevarlo a incendiar otra vez la misma villa de Valladolid. De hecho, el conjuro no solo solía fallar, sino que a veces podía resultar contraproducente. Al final, simplemente, un buen día, el duende desaparecía por sí mismo.

### *Para saber más:*

Grelot, Pierre, “Los milagros de Jesús y la demonología”, en Xavier León-Dufour (editor), *Los milagros de Jesús*, 2a ed, 1986 (1a ed. 1979), traducción de A. de la Fuente Adanez, Madrid: Ediciones Cristiandad, pp. 61-74.

Paxia, Gaetano, “Introducción a la práctica del exorcismo”, en Girolamo Menghi, *El azote del Diablo, El exorcismo durante el Renacimiento italiano*, traducción, introducción y comentarios de Gaetano Paxia, Madrid: Equipo Difusor del Libro, 2005, pp. 41-47.

## CONCLUSIONES

---

Si todos los relatos comentados en las páginas anteriores suenan a burdo engaño, no por eso son menos informativos para nosotros con respecto a la época en la que se refirieron. Lo importante no es si estas historias son ciertas o no, sino que nos permiten conocer un poco la manera de pensar de la gente en aquellos tiempos y, por lo tanto, de sus razones para actuar de una manera u otra en su vida cotidiana. Tales historias nos hablan de los miedos del pasado, pero también nos reflejan la forma en la que estos miedos eran usados con fines plenamente humanos que podían ir de lo más inocente del pasatiempo a lo más sórdido del pecado y el crimen.

Tratándose de un asunto que involucraba la espiritualidad y la cultura de tanta gente, la creencia en la existencia de los duendes no obedecía a niveles sociales o económicos ni dependía de la importancia de los sitios en donde se decía que se manifestaban. Desde un pueblo empobrecido y en decadencia como Los Reyes, pasando por la boyante villa de Santiago de Guatemala y hasta en la poderosa Ciudad de México, los duendes campaban a su antojo por toda la Nueva España porque sus historias importaban a todos al verse reflejados en ellas. Aunque es cierto que, al menos en apariencia, los grupos social y económicamente más encumbrados tendrían una preparación religiosa superior y, por ende, sabrían diferenciar más plenamente entre la presencia de demonios y duendes, lo cierto es que no es verdad, pues la ambigüedad de las situaciones involucradas en los relatos impedía la distinción tajante entre ellos.

Esta complejidad se debía en parte a que a raíz del Concilio de Trento (1545 y 1563), en su lucha contra el protestantismo,

que amenazaba con desgajar al cristianismo, la Iglesia católica había regateado tanto al Demonio su poder sobre el mundo como una manera de eludir las acusaciones protestantes acerca de su supuesto dualismo, que este terminaba siendo un incompetente comparsa de Dios, en lugar del poderoso enemigo suyo que alguna vez había sido. Para los habitantes de la Nueva España de los siglos XVI y XVII el Diablo había terminado por ser una entidad muchas veces ridícula que con sus chocarrerías se acercaba al duende más de lo que siempre había hecho durante toda la Edad Media confundiendo, asombrando y llenando de temor al mismo tiempo a los cristianos de a pie, indecisos ante el equívoco y temerosos por la salvación de sus almas.

En lo formal, los relatos de enduendamientos no habían cambiado mucho con respecto a los de la Edad Media. En ellos podemos ver al menos tres situaciones diferentes pero constantes: el apego a los habitantes de un espacio, como sería de esperarse en los casos de manifestaciones de los muertos familiares; un intento de alejamiento de los seres humanos ante un poder que no comprenden pero que temen, como ocurriría en los altercados contra los genios comarcales de la Antigüedad; y un ataque con saña desmedida hacia los perseguidos, como uno esperaría de un demonio. ¿Acaso las historias de duendes, como la mezcla de tradiciones distintas que parecen ser, presentan de esa confusa manera las diferentes cargas de significado que a lo largo del tiempo fueron absorbiendo?

Otro elemento de los relatos que llama la atención es que en un principio los europeos parecen tener dudas acerca del origen geográfico de los duendes con los que se relacionaban en el Nuevo Mundo. ¿Se trataba de los mismos seres que conocían en Europa? Y si esto era así, ¿acaso habían llegado a estas tierras en los mismos barcos y al mismo tiempo que los hombres?

O bien, como seres espirituales que eran, y ajenos por completo a las limitaciones físicas de los seres humanos, ¿habían llegado incluso antes que ellos? Si eran demonios, eso tenía sentido, pues se acusaba a los indios de rendirles culto durante su gentilidad, pero entonces ¿por qué preguntarles sobre su origen como si se supusiera que debían haber llegado de otro lado? Lo más interesante es que, efectivamente, en los primeros relatos conocidos encontramos que los duendes se identifican como españoles peninsulares primero y como criollos (ya nacidos en el Nuevo Mundo) después.

Europeos al fin, y cristianos por añadido, ya fueran peninsulares o criollos, estos duendes eran ajenos por completo a las criaturas que dentro de los imaginarios prehispánicos terminarían absorbiendo una parte de sus atributos y usando su mismo nombre con el correr de los siglos. Hasta donde podemos ver en los documentos de la época, en los siglos XVI y XVII, los chaneques, los aluxes y el resto de seres similares que hoy día aparecen en los relatos populares de México, todavía no formaban parte del imaginario de los conquistadores y colonos europeos; así como tampoco del de sus descendientes más cercanos, o al menos no constan en sus registros, lo cual tiene sentido si recordamos que los indios no eran sujetos de las investigaciones inquisitoriales, por lo que todo lo que circulara oralmente en sus pueblos tenía una alta probabilidad de quedarse solo entre ellos.

Tuvimos que esperar varios cientos de años hasta que en el siglo XIX empezamos a ver las historias de “duendes” americanos contadas cada vez con mayor profusión fuera de los pueblos de indios. Debemos reconocer que sus similitudes con los de origen europeo es tan grande, tanto en su aspecto como en sus atributos, que esa única circunstancia bastaría para justificar las teorías y especulaciones acerca de un

supuesto origen histórico común. Cosa que no hacemos, sino que más bien creemos que se trata de desarrollos paralelos basados en necesidades y condiciones materiales de existencia similares en todos los pueblos en donde aparecen. Por lo que a nosotros respecta, según hemos dicho previamente, aunque para algunas personas todos los seres que comparten las características que hoy atribuimos a los duendes forman parte de este grupo en todos los rincones del orbe, lo cierto es que esto está muy lejos de la realidad, pero hace falta irse a los casos concretos para empezar a notarlo.

## REFERENCIAS

---

- Arrowsmith, Nancy y George Moorse, *Guía de campo de las hadas y demás elfos*, prólogo y traducción de Josefina Roma, ilustraciones de Heinz Edelmann, Barcelona: José J. de Olañeta, (Alejandría), 2000.
- Brasey, Édouard, *Hadas y elfos. El universo feérico I*, traducción de Steve Serra, Barcelona: José J. de Olañeta, (Morgana), 2000.
- Briggs, Katharine, *Diccionario de las hadas*, Barcelona: Alejandría, 1992.
- Canales, Carlos y Jesús Callejo, *Duendes, guía de los seres mágicos de España*, 15a ed. Madrid: Edaf, 2005 .
- Freepik AI Suite, *Duende apedreador*, [Imagen generada con IA], Flux 1.0 Fast, <https://n9.cl/eoqql>, 2004.
- Freepik AI Suite, *Duende aporreador*, [Imagen generada con IA], Flux 1.0 Fast, <https://n9.cl/eoqql>, 2004.
- Freepik AI Suite, *Duende de Santo Domingo*, [Imagen generada con IA], Flux 1.0 Fast, <https://n9.cl/eoqql>, 2004.
- Freepik AI Suite, *La moura*, [Imagen generada con IA], Flux 1.0 Fast, <https://n9.cl/eoqql>, 2004.
- Lecouteux, Claude, *Enanos y elfos en la edad media*, Barcelona: José J. de Olañeta, 1998.
- Lecouteux, Claude, *Demonios y genios comarcales en la edad media*, Barcelona: José J. de Olañeta, 1999.
- Rosaspini Reynolds, Roberto (selección y prólogo), *Mitos y leyendas celtas*, Buenos Aires: Ediciones Continente, 1999.
- Sánchez, Manuel Martín, *Seres míticos y personajes fantásticos españoles*, Madrid: Edaf, (Ensayo, 11), 2002.
- Sikes, Wirt, *British Goblins. Welsh Folk-lore, Fairy Mythology, Legends and Traditions*, 2a. ed., ilustraciones de T. H. Thomas, Londres: Sampson Low / Marston-Searle & Rivington, 1880.
- Trejo Silva, Marcia, *Fantasmario Mexicano*, México: Trillas, 2009.



## ACERCA DEL AUTOR

---

Doctor en Historia por la UNAM (2008). Desde 2001 es profesor del Departamento de Historia de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guanajuato y desde 2013, funge como director de la revista electrónica de divulgación histórica *Clióptero*, del mismo departamento. Ha sido coordinador de la Maestría en Historia (EHI) (2008-2010), de la Licenciatura en Historia (2018-2020) y del Doctorado en Historia (2023-2025). Desde 2010 forma parte del Sistema Nacional de Investigadores, nivel I, de Conacyt (actualmente el SNII del SECIHTI).

Ha publicado tres libros sobre imaginario religioso novohispano de los siglos XVI y XVII (*Un lugar entre los santos*, 2010; *El Diablo en la Nueva España*, 2010; *Fantasmas de la Nueva España*, 2019). Todos publicados por la Universidad de Guanajuato. Igualmente, ha publicado múltiples artículos sobre imaginario religioso y el uso de las imágenes en la investigación histórica del mismo periodo, como “El Día de Muertos en México: un ejercicio de crítica e interpretación”, en *Valenciana*, n.º 1, 2008, pp. 175-199; “Espíritus puros y bestias: lo alto y lo bajo en las gárgolas del convento agustino de Cuitzeo, Michoacán (siglo XVI)”, en *Relaciones*, n.º 142, primavera, 2015, pp. 49-77, y “Espacios de la muerte y ejércitos espectrales: un problema de ambigüedad escatológica en un relato novohispano del siglo XVI”, *Oficio*, n.º 5, 2017, pp. 35-46. Por último, ha dirigido varias tesis de licenciatura, maestría y doctorado con estas temáticas.

# DIRECTORIO

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Rectora General

*Dra. Claudia Susana Gómez López*

Secretario General

*Dr. Salvador Hernández Castro*

Secretaria Académica

*Dra. Diana del Consuelo Caldera González*

Secretaria de Gestión y Desarrollo

*Dra. Graciela Ma. de la Luz Ruiz Aguilar*

Coordinadora General del Programa Editorial Universitario

*Dra. Elba Margarita Sánchez Rolón*

Rector del Campus Guanajuato

*Dr. Martín Picón Núñez*

Secretario Académico del Campus Guanajuato

*Dr. Artemio Jimenez Rico*

Directora de la División de Ciencias Sociales y Humanidades

*Dra. Krisztina Zimányi*

Director del Departamento de Historia

*Dr. Gerardo Martínez Delgado*

*Frailecitos y cucuruchos. Historias  
de duendes y enduendamientos en la  
Nueva España de los siglos XVI y XVII, se  
terminó de editar en octubre  
de 2025.*





En este libro, Javier Ayala nos explica las diferentes formas en las que durante los siglos XVI y XVII la sociedad novohispana concibió a los duendes. A pesar de sus orígenes europeos, lejos de tratarse de los simpáticos personajes de los actuales cuentos de hadas, los relatos que aquí se analizan los muestran como entidades caprichosas que intrigan con su presencia y nos hacen plantearnos algunas preguntas sobre su naturaleza y objetivos: ¿Qué se creía que eran? ¿De dónde venían y para qué? ¿Cómo eran imaginados? ¿Cómo interactuaban con las personas? Y, finalmente, ¿era esto algo constante o existían variaciones entre los casos contemporáneos de diferentes lugares y a través del tiempo?

Este pequeño catálogo de duendes nos permite conocer una parte de las dudas de los habitantes de la Nueva España acerca del mundo nocturno que los rodeaba, en donde creían ver en cada rincón la figura del demonio, siempre en busca de la perdición de sus almas, aunque en algunos casos se vieran defraudados por los engaños que la misma gente cometía con un disfraz de sobrenaturalidad para satisfacer humanas necesidades al amparo de las sombras.

## LA HISTORIA SE ESCRIBE PARA TODOS

---

La colección *Relatos* propone difundir entre un público amplio y diverso las investigaciones de los historiadores que integran el Departamento de Historia de la Universidad de Guanajuato. Estos saberes favorecen el enriquecimiento de nuestra sociedad mediante una producción académica sólida y el estímulo de nuevas inquietudes y *Relatos* busca contribuir a hacerlo posible.

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



Ediciones  
Universitarias

ISBN 978-607-580-191-9



9 786075 801919